

CARTA DEL DIRECTOR | PEDRO J. RAMIREZ

The Fog of War

Aznar me dijo hace tiempo que soñaba con difuminarse en la vida española al terminar su segundo mandato, aplicándose el cuento del general MacArthur cuando soltó en el Capitolio aquello de que «los viejos soldados nunca mueren, simplemente se desvanecen». Y esperaba la más que previsible victoria del 14-M como esa última lluvia de confeti que despidió por la Quinta Avenida al conquistador de Filipinas y Japón.

Al cabo de cuatro días terribles en los que todas las furias del destino se cernieron sobre él, cebándose como implacables aves de presa en las partes más vulnerables de una gestión en la que junto a grandes aciertos hubo graves errores, ahora su mundo se ha desmoronado y él se encuentra en la inimaginable tesitura de tener que defender su honor.

Lo que le ha ocurrido es humana y políticamente injusto, pero no por eso deja de tener una explicación. Yo la he encontrado en las notas que me envía una amiga desde Nueva York sobre el guión de la película que acaba de ganar el Oscar al mejor documental. Se llama *The Fog of War* (La Bruma de la Guerra) y lleva como subtítulo *Once lecciones de la vida de Robert McNamara*.

Mirando hacia atrás sin ira, pero sin ningún tipo de autocompasión que atenúe su lucidez crítica, el que fuera secretario de Defensa con Kennedy y Johnson sostiene en una larga entrevista autobiográfica que cuando un gobernante se siente en guerra con algo o con alguien lo que de verdad se «desvanecen» son los perfiles del enemigo. Y como a él le sucedió en Vietnam, ése es el caldo de cultivo de todos los errores de percepción «porque no ves sino lo que quieres ver».

Rememorando la resolución sobre el llamado incidente del golfo de Tonkín que dio pie a la implicación militar norteamericana en base a un ataque naval norvietnamita que en realidad nunca sucedió, McNamara recuerda con amarga ironía que cuando le preguntaron al capitán del destructor norteamericano si estaba absolutamente seguro de que le habían disparado, su respuesta fue ésta: «Absolutamente seguro... me parece».

Si Aznar hubiera tenido en cuenta que, como advierte también el veterano político estadounidense, tus subordinados tienden a servirte los platos que ellos creen que deseas consumir, tal vez de aquel Gabinete de Crisis celebrado en el búnker de La Moncloa poco después de la masacre del 11-M habría surgido un criterio de prudencia para, como mínimo, mantener el adverbio en el diagnóstico del CNI de que la autoría correspondía «casi seguro» a ETA.

Claro que había múltiples elementos cir-

constanciales, además de la propia conveniencia política, que inducían a equivocarse. Pero si la capacidad de evaluación y análisis crítico, la disposición a escuchar y debatir con un equipo que caracterizaban al Aznar de la oposición y al Aznar de la primera legislatura hubieran permanecido intactas, probablemente el Gobierno habría salvado la cara en el territorio de los matices. No se trataba de ocultar la

hipótesis que sinceramente le parecía más plausible, pero sí de atenuarla en el plano de la probabilidad en lugar de sacralizarla con el dogmatismo de la incuestionable certeza.

Muchos españoles vieron en la forma en que el Gobierno condujo la crisis de los atentados una expresiva representación de la forma en que ha venido conduciendo el conjunto de su política sobre Irak. Ni en uno ni en otro

caso creo que estemos ante un engaño deliberado, pero en ambos se percibe un mismo deterioro de la calidad de los procesos de decisión con el resultado de que son los prejuicios y no las pruebas materiales los que desembocan en decisiones rotundas, mal fundamentadas, peor comunicadas y desprovistas del amortiguador de la diplomacia.

El Gobierno tenía que decir algo aquella mañana a los españoles, pero no necesitaba elevar a la categoría de verdad absoluta lo que sólo era una acuciante sospecha. El Gobierno debía, por múltiples razones de coherencia, solidaridad e interés nacional apoyar a Estados Unidos en su pulso con Sadam, pero no necesitaba ni dejarse arrastrar fuera del marco de Naciones Unidas, ni comparecer en las Azores a modo de comparsa de un falso multilateralismo, ni dar por ciertas las conjeturas esgrimidas como coartadas para la invasión. Al final las Armas de Destrucción Masiva terminaron teniendo la misma consistencia material que la atribución de la masacre a ETA. Fueron espejismos, o peor aun subconscientes autoengaños, en medio de la bruma de la guerra.

¿Por qué ha faltado tanta fineza en uno y otro escenario? ¿Por qué a sus implacables enemigos mediáticos les ha sido tan sencillo contribuir a que este Gobierno, que tanto ha beneficiado a tantos españoles, les resultara profundamente antipático a buena parte de ellos? Siento tener que escribir que, una vez más, el maldito síndrome de La Moncloa, el virus de la soberbia que siempre acecha los aledaños del poder, ha hecho mella en uno de nuestros mejores gobernantes, estimulando -sobre todo desde el logro de la mayoría absoluta- la hegemonía del lado menos positivo y cordial de su compleja personalidad. El reformista cabal, consciente de sus limitaciones, que medía cada uno de sus pasos después de oír a unos y otros, y a quien no le dolían prendas a la hora de admitir y rectificar sus equivocaciones, se fue transformando en un puritano enfurruñado que desdeñaba el criterio ajeno, prefería la interlocución con Bush y otros dueños del universo al diálogo crítico con los simples mortales y se deleitaba en la autoindulgencia de los nombramientos excéntricos (en todos los sentidos de la palabra).

De hablar catalán en la intimidad, Aznar pasó a casi no dirigirle la palabra a Pujol ni siquiera en castellano. El consenso con los sindicatos dio paso a una reforma laboral innecesariamente maximalista, sólo reconducida tras el trauma de una huelga general. El presidente le puso la cruz y la raya al jefe de la oposición a la segunda vez que no se plegó a sus designios. Con esas pautas de conducta Aznar fue alejándose de algunos de los valores esen-

Pasa a página 4



CARTA DEL DIRECTOR

Viene de página 3

ciales de nuestra transición política, permitiendo que fuera precisamente Zapatero quien en una situación límite pudiera surgir ante una parte decisiva del electorado como un refugio de flexibilidad, sentido común, humildad y tolerancia.

Es innegable que los autores del atentado han condicionado o, mejor aún, determinado el resultado de las elecciones. Pero eso no es una disculpa para el partido del Gobierno, sino precisamente el reproche de mayor calado que se le puede hacer en el plano político: el de haber creado las condiciones para que esto fuera posible, si se producía una conjunción tan fatídica como la del 11-M.

La mayor grandeza de la democracia es también su máxima vulnerabilidad. Porque al tratarse del Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo estamos hablando inevitablemente de un régimen de opinión pública. Y, al tomar decisiones tan extremas y arriesgadas como las referentes al apoyo activo de la invasión de Irak en contra del criterio de la inmensa mayoría de los ciudadanos, Aznar estaba sentando las bases de una fractura entre gobernantes y gobernados que los terroristas han sabido explotar en la acepción más literal y macabra del término.

Si la autora del atentado hubiera sido ETA, la nación habría cerrado filas en torno al partido del Gobierno porque su política antiterrorista ha contado con un amplísimo respaldo, incluso cuando ha adoptado derivas tan rotundas como la ilegalización de un partido político. En cambio es un secreto a voces que si hubiera sido por Rato, Arenas, Zaplana o, desde luego, Rajoy, Aznar nunca hubiera ido ni a las Azores, ni al rancho de Bush, ni al Congreso de Estados Unidos, y menos aún mientras no compareciera en el de España. En este sentido, el PP cometió una equivocación tremenda al revestir su patriotismo de partido

de una impostada unanimidad ante la cuestión iraquí. Si todos los que pensaban lo mismo que Félix Pastor Ridruejo hubieran tenido el coraje y la personalidad que se necesitaban para decirlo en voz alta, es muy posible que hubieran salvado en primer lugar a Aznar, en segundo lugar al PP y en tercer lugar a España de las desastrosas conclusiones -no porque haya ganado el PSOE, sino por las circunstancias en las que lo ha hecho- a las que hemos llegado el domingo.

Dicho todo esto, toca ahora subrayar el atolondramiento, en el me-

Aznar no ha hecho nada deshonesto o delictivo de lo que deba avergonzarse

jor de los casos, la abierta villanía en muchos otros, de quienes expresa o tácitamente pretenden transferir al Gobierno de Aznar al menos una parte de la culpa de los atentados en el plano de la responsabilidad moral. Más allá de la obviedad de que asesinos son quienes asesinan y quienes les ayudan a hacerlo, no quienes les combaten en el marco de las leyes, es esencial darse cuenta de que lo que el integrismo islámico trata de destruir no es un gobierno determinado sino el estilo de vida laico y el modelo de sociedad abierta que tanto significan para nosotros. Nunca sabremos si la expansión internacional del delirio terrorista del grupo que ya mató en Casablanca se habría producido prioritariamente, en todo caso, hacia la contigua España mediante un elemental proceso de ósmosis, aunque Aznar se hubiera mantenido en

The Fog of War

un discreto segundo plano durante la crisis de Irak, pero está claro que, antes o después, nos habrían llegado de todos modos sus zarpazos, pues la actual distinción entre infieles según su nivel de beligerancia es propia sólo de la fase preliminar de su gran *yihad* planetaria.

Estamos hablando mucho más de las formas y ritmos que del fondo del asunto. Yo sostengo que el Gobierno de Aznar cometió graves errores tácticos y de la misma manera que hay quienes van mucho más lejos, también existe un sector muy cualificado de españoles, con opiniones bien trabadas y en todo caso respetables, que se reafirma en que, dadas las circunstancias, hizo exactamente lo que debía. El ámbito de discusión se circunscribe en todo caso a lo que fueron decisiones estrictamente legales y por lo tanto intachablemente legítimas de un Gobierno que tenía el mandato popular para actuar de acuerdo con lo que entendiera que convenía más a España.

Aznar ha podido equivocarse y ha pagado ya por ello, con la abrupta revocación de ese mandato, un precio político enorme. Pero no ha dejado de ser un hombre íntegro. Aznar no ha hecho nada deshonesto o delictivo de lo que deba avergonzarse y la prueba es que ni tiene por delante el menor riesgo de afrontar un horizonte penal, ni necesitará por lo tanto como su antecesor de unos jueces del Supremo que inventen una teoría de la estigmatización *ad hoc* para poder desviar hacia sus subordinados responsabilidades que sólo pudieron engendrarse en el ámbito estricto de sus propias competencias.

Estoy seguro de que a medida que la bruma de la guerra, polvareda terrible en este caso de dolor y sangre, vaya disipándose la sociedad espa-

ñola recuperará el sentido de la ecuanimidad y la perspectiva. De la misma manera que la memoria sagrada de las víctimas quedará fijada en un lugar de la retina mucho más hondo que el plano de su utilización política, también la figura y el Gobierno de Aznar serán recordados de forma globalmente positiva, pues no en vano ha sido el artífice de la mayor etapa de estabilidad política y prosperidad económica de nuestro cuarto de siglo largo de democracia.

En cuanto a su partido, el hecho de que tras la peor adversidad imaginable, fruto de la más inaudita

Regresar al poder puede no ser una quimera si los líderes del PP perseveran en los valores centristas

concatenación de desastres externos, internos y mediopensionistas, el PP conserve más del 37% de los votos, fruto de la confianza de más de 9.600.000 ciudadanos, no sólo indica que casi la mitad de la sociedad española mantiene incluso ahora ese veredicto globalmente positivo sobre los años de Aznar, sino que permite suponer que el regreso al poder en las próximas elecciones generales puede no ser una quimera a nada que sus dirigentes perseveren en los valores centristas que les hicieron llegar a la cumbre.

Lo conveniente para ello es hacer una serena autocrítica -que tampoco tiene por qué desembocar en la permanente autoflagelación- y convocar un congreso extraordinario que proporcione legitimidad a Rajoy y le permita encauzar todo el talento del que será el equipo mejor preparado para ejercer la oposi-

ción de esta etapa democrática. Y tal y como ya estaba previsto, aunque de una manera mucho más amarga, Aznar tendrá que ser el gran sacrificado a corto plazo, pues no es con actos de desagravio como el del próximo sábado en la plaza de Vistalegre que inevitablemente reactivará las emociones más inmediatas y efímeras, como su imagen volverá a quedar erguida en el lugar que le corresponde.

No, antes que nada es imprescindible que se diluya la bruma de la guerra. O por lo menos la bruma de esta guerra. Y que el presidente admita, como una u otra vez hemos de hacer los demás mortales, que la vida no deja de darnos lecciones. De las 11 que desgrana Robert McNamara en su testamento ante la cámara, creo que debería fijarse especialmente en el número ocho cuando dice textualmente: «Ninguno de nuestros aliados nos apoyaba. Si no podíamos persuadir a naciones con valores equiparables a los nuestros del mérito de nuestra causa, más nos hubiera valido volver a examinar nuestro razonamiento».

Y no lo transcribo para que se aplique el cuento en relación a Irak, pues él podría alegar que no sé cuántas naciones formaron parte de la coalición que avaló la invasión y enzarzarnos en la eterna discusión sobre las reglas del juego internacional, sino para que lo tenga en cuenta hoy, mañana y siempre. Me refiero no tanto a las naciones, como sobre todo a las personas. Aznar tiene 51 años y, antes o después, en un lugar o en otro, volverá al primer plano de la vida española. Además, en ese congreso extraordinario todavía le corresponderá legar algún que otro consejo a su sucesor. Ojalá que uno de ellos sea el de que cuando llegue al poder tenga más en cuenta a quienes, concordantes o discriptantes, de verdad le quieran que a quienes, servil e incondicionalmente, le adulen.

pedroj.ramirez@el-mundo.es

EL PURGATORIO DE LOS LIBROS

MARTIN PRIETO

El Korán y la imposible multiculturalidad

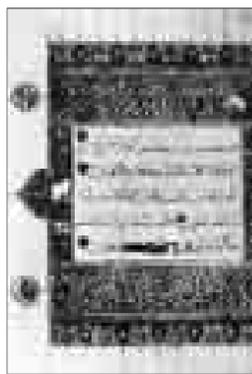
El Korán

Traducción de Rafael Cansinos Assens/ Editorial Aguilar

Uso el Korán traducido por **Rafael Cansinos Assens** (respetando su grafía con K) por ser el único, que se me alcance, trasladado del árabe al español sin pretender reproducir una versificación imposible que dulcifica el estricto mensaje de **Mahoma**. En España hemos leído esencialmente koranes pasados por el francés, y Cansinos acudió a las fuentes, como gran conocedor del ruso y el árabe. Cansinos, sevillano, judío pero no sionista, bohemio, políglota, maestro de **Borges** (1883-1964), hoy un desconocido o un raro para eruditos, acometió la hazaña de traducir a Mahoma palabra por palabra, lo que produce un texto pedregoso y cacofónico.

La utilización del Korán de Cansinos, editado por Aguilar entre 1951 y 1973, tiene un sentido: su literalidad se corresponde con la lectura que del

texto sagrado hace la secta wawaíta, crecida en Egipto, trasladada a Arabia Saudí, alimento religioso de Al Qaeda, Bin Laden y sus lugartenientes, que rechazan por blasfemas las interpretaciones más clementes del koranismo. Pese a que es ardua, recomiendo a los españoles la lectura del Korán, para que comprueben por sí mismos, especialmente los bienintencionados partidarios de la multiculturalidad, cómo, pese al monoteísmo que nos une y la común fuente de la Biblia, diverge del Evangelio en dirección opuesta. **Cristo** compartió su tiempo con comedores, bebedores y prostitutas, derramando tolerancia que luego no desarrollaría por siglos el catolicismo de Roma, y llegó a pedir a **Pedro** que envainara su espada porque «...quien a hierro mata, a hierro muere». El Cielo prometido por Jesús es espiritual y difuso, a la diestra de Dios Padre. Mahoma abunda en un Edén sicaléptico y sensual con ríos de agua fresca subterránea y huries vírgenes y de ojos ne-



gros. Mahoma despliega contra los infieles a su revelación una panoplia de sangre y crueldad y los diferentes círculos del infierno, como los de **Dante**. Cada Azora (capítulo) del Korán, se inicia con un repetitivo: «¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiable!», pero luego las admoniciones de cada Aleya (versículos) claman a la más espantosa venganza sobre el incrédulo o el insumiso. En estos días confusos posteriores al 11-M, la lectura del Korán explica o justifica toda la sangre derramada.

Historiadores arreligiosos sostienen que Mahoma fue un esquizofrénico que oía voces, bíblicas, de La Torah, tal como otros estiman que **Santa Teresa de Jesús** era una tísica con alucinaciones místicas, epiléptica, pero lo cierto es que Alá le susurró al Profeta su Korán, y así ya en la Azora dos y entre las Aleyas 14 y 19

puede leerse: «...Alá se burlará de ellos y los dejará que en su rebeldía yerren (...). Su semblanza como la de aquéllos que encendieron fuego, y cuando alumbró lo que había en torno suyo, quitóles Alá su luz y los dejó en tinieblas, que no veían. Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán. O como lluvia torrencial del cielo; en ella tinieblas y trueno y relámpago, y ponen sus dedos en sus oídos por los estremecimientos temiendo a la muerte». Alá es «...Señor de la venganza» y constantemente se alude en el texto al «...castigo doloroso», o en la Aleya 156 y siguientes de la Azora dos, que reza: «...Cierto, los que no creen y mueren y (ellos) son infieles, éstos, sobre ellos la maldición de Alá y los ángeles y las gentes todas. Eternos en ella; no se les aliviará el castigo y ellos no serán mirados». Marcos verbales recitados en madrasas, apropiados para un 11-S o un 11-M.

El machismo de Mahoma oferta a los creyentes «consortes purificadas» en el Edén, tal como prostitutas vírgenes de ojos oscuros y cuerpos eternamente jóvenes. Pero llega a la misoginia cuando en la Aleya 228 de la Azora segunda escribe: «...y para ellas, como sobre ellas, con favor, y los hombres sobre ellas tienen un grado, y Alá (es) poderoso, sabio».

Como más adelante establece que el testimonio de un hombre equivale al de dos mujeres.

El Islam defiende la Ley del Talió y siembra tempestades de sangre. «...Y combatid en la senda de Alá a los que os combaten a vosotros y no infringáis; en verdad Alá no ama a los infractores. Y matadlos dondequiera que los encontréis, y echadlos de donde ellos os echaron a vosotros...». Todo corre hacia el mismo infinito exento de la mínima caridad en las 114 Azoras traducidas por Cansinos.

Mahoma fue un hombre de El Libro (y la Biblia es de armas tomar) y el Islam, paradójicamente, una secta judía, tal como el cristianismo. Pero el Korán llama a la muerte del infiel, a la resarcición sangrienta y al odio sobre los alejados de Alá, a la rijosidad celestial y a la satisfacción de los sentidos de los mártires. Moderados y wawaítas beben de esta fuente. Lo que entendemos por civilización judeocristiana, desde los Diez Mandamientos al sermón de la montaña, es radicalmente incompatible con el Korán. Que no nos cojan desprevenidos otro 11-M. Nuestra multiculturalidad con el Islam se hace imposible hasta para los ateos. Quien no crea en Alá y su Profeta, que ponga el cuello: como en Madrid.